

EL BAZAR MURCIANO

Septiembre

Ábrese el BAZAR á las 6'30 m.
Ciérrase á las 11'45 n., ó des-
pués, si hay gente.

1.^o

1892.—Se publica el primer
número de este periódico.

VIERNES

Para los forasteros, San
Bienvenido.

Eco del Establecimiento de su nombre.

Se publica todas las Férias.

DIRECTOR-PROPIETARIO, RICARDO BLAZQUEZ.

LA FÉRIA DE MURCIA

Quando empiezan á ceder los rigores del verano y se insinúan las primeras ráfagas del otoño, se verifica en esta ciudad su renombrada feria, que reúne en la capital, lo más selecto de las ciudades y pueblos de la provincia.

De fuera de la provincia, muchos pueblos de Alicante y de Albacete y aun de Almería, aportan á Murcia un crecido contingente; uniéndose aquí, en los primeros quince días de Septiembre, y en la alegría de los populares festejos, los que formamos de hecho la hermosa Región de Levante.

La Murcia antigua, cargada de heráldicos escudos, apenas delineada en los trozos de sus viejas murallas, simbolizada en sus nombres gloriosos y en sus artísticos tesoros, cede en esos días su puesto á la Murcia moderna, que se engalana con las flores de sus huertos y jardines y con las joyas del comercio y de la industria, para recibir dignamente á los que la visitan.

En las variadas y magníficas fondas, amplios hospedajes y bien servidas casas de huéspedes; en los preciosos, artísticos cafés y alegres horchaterías; en los jardines y paseos, en su teatro y su circo, en su incomparable plaza de toros, y en su soberbio Casino, encuentra el forastero cuanto desea en comodidades, en regalo, en confort y en aplaciamiento.

Siempre, pero más en esos días, los murcianos nos desvivimos por agradar á los forasteros, por facilitarles lo que necesitan ó desean y por hacerles grata y amable su estancia en esta ciudad.

Y para que este año sea completo, esto que afirmo en las anteriores líneas, en nombre de D. Ricardo Blazquez y en el mio, ofrezco á los forasteros, como centros de informacion, de reclamaciones, de cuanto deseen, el Bazar Murciano y «El Diario de Murcia».

Sucede muchas veces al forastero, que necesita una cosa que no vale nada, una noticia, unas señas, una tarjeta, una recomendacion y no sabe á quién pedirselas, ni á quién dirigirse, viéndose obligado á andar mucho para nada, y tal vez sin conseguir lo que desea; pues, bien, para eso y para lo que no sea dinero, ni cosa que lo valga, acudid al Bazar Murciano y al «Diario de Murcia».

El Bazar Murciano está en el sitio más céntrico de Murcia; es punto de reunion de lo mejor de aquí y de lo mejor que viene de fuera; se ramifica por sus relaciones con toda la ciudad; le favorecen las altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas; paga una contribucion enorme; huele á esencias ricas y esquisitas y atesora, finalmente, en sus escaparates, estantes y almacenes, cuanto de útil, bonito, selecto, caprichoso y nuevo producen los grandes centros industriales y comerciales del mundo.

En la FERIA de Murcia y en la calle de la Platería, si no existiera el Bazar Murciano, habría que crearlo: pero nó, que creado está y con hondas raíces de crédito, de prestigio y de resonancia, por su dueño el laborioso Ricardo Blazquez, en quien no se dá el mezquino interés comercial de la ganancia, sino el interés de la popularidad, de la simpatía, del aprecio. Lo mismo él, que sus dependientes, en quienes ha verificado la trasfusión de su sangre, son la amabilidad en compendio, y la alegría comunicativa, pues no es fácil entrar en aquel establecimiento sin que la risa ó la sonrisa aparezcan en nuestros labios.

Feria permanente, feria de todo el año el Bazar Murciano, no solo conserva todo lo que es propio de feria, para obsequios y regalos de todas clases, sino que mantiene la alegría y la placidez de estos días feriados, por el modo de ser, por los pocos años, por la amabilidad y por la labia fina y discreta del principal y de sus dependientes.

Venir á la feria de Murcia y no ver el Bazar Murciano, es como ir á Zaragoza y no ver el Ebro, y, si no fuera excesiva la comparacion, diría, que como ir á Roma y no ver al Papa.

Tengo entendido que Ricardo está llamado

á ser papá muy pronto. Es decir, que hasta podrá presentar á sus favorecedores, recién caido del cielo, un niño de su propia porcelana. Y el día que esto suceda mayor motivo para ir á comprarle, pues se vá á volver loco y lo vá á dar todo de balde.



JUQUETES

Dos acabo de ver, que me han enamorado, como enamoran á los niños los mil variados juguetes que llenan por estos días los escaparates y la tienda de Ricardo Blazquez. Los míos (¡ojalá lo fueran!) son juguetes de otra índole y categoría. Pues es que no hay juguetes más que de niños y para los niños? Juguetes hay de hombres, y los mismos hombres son juguetes unos de otros, y todos ¡ay! lo somos de la fortuna ciega... Esta gradación no ha salido con demasiado alcance filosófico. Bastaba para el caso decir que se trata de dos juguetes de Salzillo, que yo me feriaría de muy buena gana.

Me los ha enseñado, con amable orgullo y beatitud de poseedor, mi querido amigo el ilustrado artista D. Manuel Arroyo, que veranea en su villa (pronúnciese vil-la) de Aljuicer, restaurándose de sus tareas académicas entre palmeras y naranjos. Ha reconstruido allí típicamente una vivienda á la murciana: ancho zaguán con fresco tinajero, sillas de sogá, arcas de clásicos herrajes; corral que casi entolda una biblica martinencia, de tantos pájaros como ligos, junto á un pozo que recuerda la Samaritana; después el huerto, etc. En la habitación principal (que no es la sala, porque en las casas de la Huerta la sala está arriba y es una especie de azotea-granero), en el sitio de preferencia, dándoles el honor que se merecen, están puestos en sendos marcos de preciosa moldura, dos naipes, dos cartas de baraja vulgares, un cinco de bastos y un seis de espadas. Por las caras tienen escritos varios números, como de apuntes ó de cuentas, que ya ofrecen el interés de haber sido trazados por la misma mano que hizo el *Angel* famoso; mas por los dorsos... Aquí el maestro D. Javier hubiera designado las dimensiones justas de ambas joyas, á estilo de catálogo; yo siento no haber caido en anotar este detalle: síplase con la medida de cualquier baraja ordinaria (0'095 por 0'060.) Por los dorsos, repito, los dos naipes de Salzillo tienen pintados al óleo dos estudios... no, eso es mucho, y además impropio: dos borrones de artista.—Vea V. si los conoce, decía como «intrigándome», al volver los cuadritos, Arroyo.—¡Pues no he de conocerlos! La *Dolorosa* y el *San Juan*, prorrumpi.

Son dos apuntes, dos esbozos; pero ya con todo el carácter, con la nota esencial que distingue y avalora aquellas dos preciosas efigies. En los naipes sólo están apuntadas las cabezas; y parecen dos Tíepolos. No suele repararse en las dotes de colorista de Salzillo, tan patentes en el dorso admirable del *Angel*, por ejemplo.

Si positivamente esos fueron los primeros rasguños de la *Dolorosa* y el *San Juan*, deben probar que en la mente del genial escultor nacieron ambas creaciones de un golpe, sin el trabajo de gestacion premioso y accidentado que supone la leyenda: que nacieron en un momento de inspiracion feliz, como un libre juego de un espíritu hecho á ganar las cimas del ideal. Y si los dos naipes fueron pintados, con la soltura y ligereza que lo están, después de concluidas y entregadas ya las dos efigies, como un simple entretenimiento, como un juguete momentáneo, á modo de recuerdo casi inconsciente y distraido, entonces probarán el cariño especial de Salzillo hacia aquellas dos obras, cuya predileccion no extrañaremos los que hoy las reputamos entre las mejores que produjo su valiente cincel.

—¡Lástima, amigo Arroyo, que no le hu-

ciera dado á D. Francisco por ilustrar de igual manera toda la baraja. Por lo menos, bien puede V. ufanarse de que tiene la *Espada* y el *Basto*.

Y la autenticidad de ambas joyitas es indudable. Cónstese al Sr. Conde de Roche, dignísimo Decano de la Cofradía de Jesús.



Palmar y Agosto.

YO SOY ASÍ

No me digas que no quieres ver mi cara ni aun de lejos, porque les llaman tus ojos á tus labios embusteros.

Ya se yo por qué te enojas, ya sé yo que tienes celos, ya sé yo lo que te han dicho, y sé lo que quieren esos.

Sé que dicen que yo miro con interés á Consuelo, y que de noche á deshora por su calle me paseo.

Pero tú sabes que mienten; tú sabes que son enredos de los que sienten envidia del amor que nos tenemos.

¿Qué mujer hay en el mundo que tenga un hombre mas preso con interés á Rosilla la de los ojos de cielo,

La de las largas pestañas, la del modelado cuello, la de las frescas mejillas, la de los rubios cabellos.

Esta tarde cuando salgas á dar conmigo un paseo te llevo al «Bazar Murciano» y te compró un sortijero.

Para guardar las sortijas que llevas en esos dedos, más blancos que los jazmines que te perfuman el pecho.

Y te compró un abanico de los caros y los buenos, con varillaje de nácar, ó de marfil ó de hueso.

Y un frasco de esencia fina para que yo vaya oliendo, y un afilser con diamantes para prenderte el pañuelo.

Y te compró... lo que quieras mientras me quede dinero, y cuando se acabe... ¡yaya! que no me apuro por eso.



¡No más encargos!

Vino á la feria anterior á ver los toros ufano un respetable señor que en lo cortés y en lo urbano no tiene competidor.

En su pueblo, que no nombre, no habrá quien le llegue al hombro en lo de ser complaciente, y su bondad causa asombro á todo bicho viviente.

Por este temperamento, no bajarían de ciento los encargos que se traje,

y á los cuales con trabajo consiguió dar cumplimiento.

La lista de su cartera parecía una grillera, y el hombre perdía el tino por que no hubiese un vecino cuyo encargo no cumpliera.

Uno pedía una jaula, el otro un acordeón y un cromo con Santa Paula... en fin, cada cual su máula, en revuelta confusión.

—¿En dónde podré encontrar tantos objetos á mano?— se solía preguntar.

Pero vió el BAZAR MURCIANO y entró en él, ¡cómo no entrar!

—Mire usted—dijo á Ricardo.— Voy á los toros; si tardo no ande con erres ni haches y meta usted en un fardo todos estos cachivaches.

Aquí tiene usted la lista, mas no la pierda de vista, pues si se pierde ¡Dios mio! pudiera moverse un lío que el demonio lo resista.

Sobre todo, la peineta que me ha encargado Enriqueta, y el rosario de Rosario...

En su valor no se meta, que salgan de lo ordinario.— Con lo cual, muy satishecho se fué á los toros al punto, y Ricardo, un lío hecho, de la ganancia al acecho, quedó arreglando el asunto.

Al volver de la corrida el señor de los encargos, que fué por cierto aburrída y le dió ratos amargos como no pasó en su vida;

fué al Bazar á recoger de enredos el centenar sin detenerse á escoger; pagó sin regatear

y ¡halal! hacia el pueblo á correr. Y al llegar al pueblo vió que la lista malhadada por distraccion se dejó...

¡Digo, la lista! ¡No es nada! ¿Qué hacer, Dios mio?—exclamó.

Esto ya pica en historia. ¿Cómo hago yo de memoria el reparto, si no sé ni lo que pide Gregoria ni lo que encargó José?

Tras de mucho cavilar, mas nó sin perder el tino, la lista logró encauzar, y entregó á cada vecino su chisme, sin vacilar.

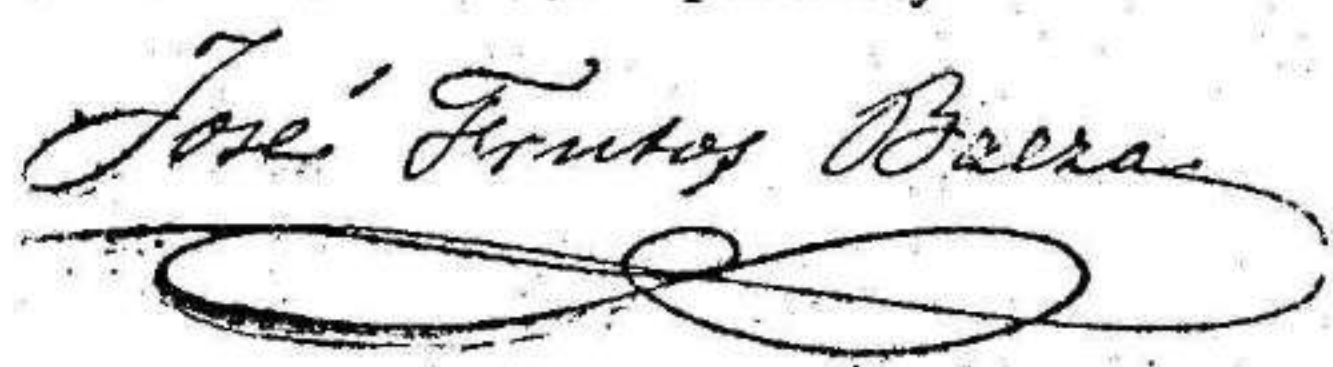
Mas como dicha completa es suceso extraordinario, la erró en darle la peineta á Rosario, y el rosario en mandárselo á Enriqueta,

haciendo un cambio infernal que provocó entre las dos un lío fenomenal que habría acabado mal si no lo remedia Dios;

pues, por hacerse la dueña de la peineta graciosa, cada cual, dándose leña, se tiraron de la greña de una manera espantosa.

Desde entonces, cuando asoma por el Bazar la nariz el autor de aquella broma, como es un pobre infeliz, sin hiel, como la paloma, dice más sério que un cardo recordando lo del fardo, causa de tanta rabietta:

—¡Don Ricardo, don Ricardo! ¡Qué peineta! ¡Qué peineta!



AL DUEÑO DICHOSO DEL BAZAR MURCIANO

Cuando Diciembre agoniza
y oigo de Enero los pasos,
hago para el año entrante
muchos propósitos vanos;

uno de ellos, desechar
mi insignie pereza cuando
me pide V. unos versos
para su BAZAR MURCIANO;

y el más vano de entre todos,
por culpa de V., tocayo,
es el de saldar sin déficit
mi presupuesto de gastos.

Castigo con mano dura
sus capítulos más caros,
como son: comer, beber,
arder, vestir, espectáculos...

Procuró no ver carteles;
y cuando voy, por acaso,
es al tendido á los toros,
y al Paraíso al teatro.

¿Me hace falta un traje porque
brilla de puro rozado
el que llevo? Pues lo vuelvo
del revés, y hasta de canto.

Si necesito botillos
decentes, pongo por caso,
le echo á los viejos tacones
y medias sueltas, y andando.

Casi no fumo, ni bebo,
y recoméndome, paso
ante las cosas que exponen
Garrigós, Pedreño, Garro...

¿Más de qué sirve, Dios mío,
si siempre me faltan ánimos
para atacar al capítulo
que dice: *¿Bazar Murciano?*

Señor, tú me has dado gusto,
y ojos en la cara, ¡claro!
y cada mes, cada día
ven allí algo lindo, y algos.

Que porque vienen los Reyes;
que porque es el tiempo santo;
que es la feria... ¡Dios clemente!
San José... ¡Dios Soberano!

Luego V. tan Mefistóteles,
con su monita y su halago,
y sus melifluos satélites
dignos tales de tal astro;

vampiros todos famélicos
del rico jugo metálico,
que suavemente el bolsillo
chupan y dejan exhausto...

No; yo protesto, yo quiero
ser un Villaverde honrado,
y V. me lleva á la quiebra,
la bancarrota, el escándalo...

¡Hasta dirán que no sé
ni nivelar en el campo,
cuando al nivelar mis cuentas
me salen tales gazapos!

Ya debe V. ser Rótschild.
Retírese V., tocayo;
si no, tenga por seguro
que podré, por caso raro,

hacerle á V. otros versos
para su periódico ánuo
más pronto, y si V. me apura
mejores, ó menos malos;

pero no cerrar sin déficit
mi presupuesto de gastos,
mientras en la Platería
exista EL BAZAR MURCIANO.

Mariano de Jauja

Á LOS NIÑOS

Venid al Bazar Murciano,
querubines de mi tierra,
que un diluvio de juguetes
ha caído en Cartagena.

Desde la ciudad de Jauja
ha venido una Princesa,
á quien pusieron por nombre
hadas y genies la Féria.

Y ha traído cien carrozas;
y las cien carrozas llenas
de flautas y tamboriles,
caballitos y muñecas.

Dentro del Bazar Murciano
con su séquito se hospeda,
y allí abrió sus equipajes
y allí exhibe sus riquezas.

¡Qué juguetes!... Solo en Jauja
fabrican cosas tan bellas!

No hay muñeco que no vista
de oro, terciopelo y sedas.

Uno toca los chinoscos,
otro pulsa la vihuela,
aquél redobla el tambor
y el otro salta y voltea.

Del mundo liliputiense
han traído á un Sah de Persia,
con cien odaliscas blancas
y cien amazonas negras.

Hay pelota que al botar
se encarama en las estrellas,
y hay trompo que está bailando
bastante más de hora y media.

En su teatrillo Guignol
Arlequin se desespera
porque el galán Polinuro
á Colombina requiebra.

Y con su jiba y tricordio
y su carilla traviesa,
más simpático que nunca,
se ríe Polichinela.

Y hay sultanas y bebés,
turcos, monjas y pasiegas,
y juguetes de artificio,
carritos y bicicletas.

Venid, venid al Bazar;
que por la Féria se premia
á los niños que son buenos
y á las niñas que son buenas.

Venid al Bazar Murciano,
querubines de mi tierra,
que un diluvio de juguetes
ha caído en Cartagena.

FRANCISCO ARRONZ.

Cartagena.

EN EL ABANICO DE....

No hay aire como el aire
de tu abanico:
jamás en ningún otro
lo hallé tan rico

¿Pues y la filigrana
del varillaje?
Vaya una tela hermosa,
vaya un paisaje.

En sus bellas labores
la luz refleja.
Es digno de la mano
que lo maneja.

Es una flor del arte
y una monada
tegido con las áureas
trenzas de un hada.

Es de los abanicos
el soberano
y... mira la etiqueta:
BAZAR MURCIANO.

ANTONIO OSETE.

Ricardo Blazquez, delincuente

Así, dicho de pronto, sin preparación alguna,
claro es que ha de producir asombro,
más aún, estupefacción. Y esto, en quien lo
tome en serio; que, por lo general, abunda-
rán las sonrisas de incredulidad y los gestos
de desdén.

Y, sin embargo, es cierto, ciertísimo, y
aun á trueque de sufrir las sonrisas y los
gestos de los incrédulos, lo he de decir aquí,
en letras de molde: Ricardo Blazquez, el co-
nocidísimo comerciante, dueño del Bazar
Murciano y de su Sucursal en Cartagena,
fué el cómplice, por no decir el autor de
aquel crimen pasional que conmovió á Mur-
cia hace dos ó tres años.

Ved el misterioso encadenamiento de las
cosas, en relato que os voy á hacer de aquel
crimen, y decidme luego si no tengo razón al
afirmar que Ricardo Blazquez, el comercian-
te distinguido, el dueño del Bazar Murciano
y de la Sucursal en Cartagena, es el cómplice
único (¡bien podríamos decir el autor!) del
horrible crimen...

Enrique, aquel joven gallardo y elegante á
quien conocía todo Murcia, tenía un tempera-
mento excesivamente nervioso, era, como se
dice ahora, un neurasténico, y de igual modo
podía ser un criminal, que un héroe. Todo
consistía en que el brutal impulso de sus ner-
vios exaltados lo echara por un camino ú
otro.

Una tarde, acalorado, de mal humor, á con-
secuencia de la discusión sostenida en el Ca-
sino sobre el mérito de su magnífica boquilla
de ámbar, mérito que él creía indiscutible,
salió á dar un paseo por el Malecón, á espar-
cir la vista y los pulmones en horizontes más
ámplios y en aires más puros que los de

aquel salón del Casino, en donde acababan de
discutirle el mérito de su artística boquilla.

Delante de Enrique, y siguiendo el mismo
camino, marchaba acompañada de su madre,
Pepita Guápez, aquella divinidad de mujer,
aquella rica hembra cuyas curvas venusinas
eran el recreo de todos los hombres, admira-
ción de todos los ojos, envidia de todas las
mujeres... Y, sin embargo, tan abstraído y
apesadumbrado iba Enrique con el recuerdo
de la endiablada discusión del Casino, que no
sintió la atracción de aquel abismo de hermo-
sura que llevaba por delante.

Para que cayera en él, y no pensara más en
su boquilla, le entró el vértigo, la tentación,
por el olfato: un perfume suavísimo, delicado,
llegó á su nariz, y al levantar la cabeza para
recojer mejor aquellos efluvios aromáticos,
tropezaron sus ojos con Pepita Guápez.

Hay olores deliciosamente galeotes, y aquel
que despedía esta mujer, era uno de ellos. Se
metió en el alma de Enrique, despertó en
ella sentimientos ocultos, le habló de volup-
tuosidades casi místicas, y la arrastró, poco á
poco, dulcemente, á los pies de aquella mujer
peligrosamente humana, profanamente di-
vina.

Algún tiempo después, Pepita Guápez era
la señora de Enrique Neural.

II.

Eduardo Tenorio, uno de los jóvenes que,
aquella tarde, negaron, por hacer rabiar á
Enrique, el mérito de su célebre boquilla de
ámbar, le hizo traición, pocos meses después
de haber contraído matrimonio con Pepita
Guápez, sacrificando los puros afectos de una
amistad leal, á la pasión brutal de un amor
egoísta... ¡Eduardo, como antes Enrique, ca-
yó en aquel peligrosísimo abismo de hermo-
sura!

Un chiste, una de esas frases ingeniosas
con que, en los Casinos, cafés ó en cualquier
reunión, se asesinan los amigos, hizo com-
prender á Enrique la inmensidad de su des-
ventura, la pérdida de su honor.

Enrique no contestó al chiste. Pálido, tem-
bloroso, agitado por sacudidas nerviosas, con
el alma rota y lleno el corazón de una rabia,
de un rencor insaciables, abandonó el Casino
y se marchó á su casa.

Su mujer, sorprendida por la inesperada
visita de Enrique, no pudo ocultar un paquete
de cartas, de aquellas cartas insidiosamente
criminales de Eduardo, en cuya lectura baña-
ba Pepita el deseo no saciado de sus amores
adúlteros, y dejó en poder de su esposo
aquellas pruebas elocuentes....

Enrique, ciego, desesperado, víctima no
solo de su tremenda infelicidad, sino también
de una de sus más violentas crisis nerviosas,
buscó un arma para matar, y mató....

¡Pepita Guápez, aquella divinidad de mujer,
aquella rica hembra cuyas curvas venusinas
eran el recreo de todos los hombres y la en-
vidia de todas las mujeres, quedó tendida,
muerta, sobre uno de los muebles de la ha-
bitación!

Cuando las gentes, asombradas, entraron
en la casa, todavía corría por el blanco alabas-
tro de aquel seno de estatua, un hilillo de
sangre....

III.

La boquilla de Enrique produjo la discu-
sion, la discusión apesadumbró á Enrique y le
llevó al Malecón, á buscar mejores horizontes
para sus ojos y aires más puros para los pul-
mones; por haber ido al Malecón, notó aquel
aroma delicioso que le despertó en el alma
ansias incurables de voluptuosidades casi
místicas; para recojer aquel aroma levantó la
cabeza; por haber levantado la cabeza, vió á
Pepita Guápez; por haberla visto en aquellas
circunstancias en que le había puesto aquella
esencia deliciosamente galeote, se casó con
Pepita; por haberse casado con ella, fué infeli-
z y desgraciado, y para vengar su afrenta,
clavó su elegante navaja en el pecho de la
infel.

La boquilla, de ámbar, la esencia deliciosa
y la elegante navaja, fueron compradas en el
Bazar Murciano....

¿Comprendeis ahora por qué fué casi autor
de aquel crimen el conocidísimo Ricardo
Blazquez, dueño del Bazar Murciano y de su
Sucursal de Cartagena?

¡Oh misterioso encadenamiento de las cosas!

JOSÉ GARCIA VASO.

Cartagena y Julio 1899.

JUGUETEOS

En mi edad infantil, igual que hoy día
que alterno con vejetes,
siempre me han inspirado simpatía
las tiendas de juguetes.

Ayer como hoy en ellas he encontrado
deléite sin segundo,
mirando en sus vitrinas retratado
de cuerpo entero el mundo.

Por realizar sus sueños más hermosos,
ya modestos, ya ricos,
de juguetes en pos corren ansiosos
los grandes y los chicos.

Y cuando al fin la posesion alcanzan
que les puso en un brete,

con nuevo ardor frenéticos se lanzan
en pos de otro juguete.

Ciega la humanidad, juzga cumplido
de la vida el empleo
Haciendo de este mundo el recorrido
en loco jugueteo.

Pero es justo que calme, por Dios Santo,
su efímera tarea:
Bueno es jugar, pero no tanto
como ella juguetea

Pase que al niño en el BAZAR MURCIANO
que es bazar de primera,
le compre su papá si viene á mano
un juguete cualquiera.

Pase que la pollita, al que un billete
le manda perfumado,
de sus caprichos hágame juguete
si en ello encuentra agrado.

Pero hacerse juguete de pasiones
cuando los años pesan;
convertir en juguetes las cuestiones
que á la patria interesan;

Juguetear con quien nuestro ahorro muerde,
tomar á broma duelos
y aplaudir al ministro Villaverde ..
¡Eso clama á los cielos!

Amigo Blazquez: aunque lo halle extraño
en serio me precisa
á cantarle, pues nada hay este año
para tomarlo á risa.

Quiera el cielo que no sea usted juguete
del mal que nos apena
y que gane un millón, ó seis ó siete
en Murcia y Cartagenal

Así poniendo á mis tristezas frenos,
podré exclamar gallardo:
¡Todo aquí se ha perdido, todo... menos
el Bazar de Ricardo!

Carly

MEZCOLANZA

A no ser por el BAZAR,
es muy cierto que cantar
en diez años no podría:
¿quién hoy sentirá alegría
con tanto y tanto penar?

A empujones sale el verso
y apenas el arpa vibra,
al ver que el hado perverso
rasgó con puñal adverso
de nuestro pecho la fibra.

Vergüenza y rabia á la vez
nos causa la estupidez
de ciertos farsantes malos
que destruyan nuestra prez
y nos denigran á palos.

¡Ay! si fuese la ocasión
de expresar con fúria loca
lo que siente el corazón,
fuera mi frase un cañón
disparado por mi boca.

En los días de reir
vernos llenos de dolor,
es el colmo del sufrir:
¿es que podemos vivir
entre luto y sin honor?

Y sin embargo, precisa
finjir hoy cierto contento
y mostrar una sonrisa,
aunque al través se divisa
nuestra angustia y sufrimiento.

Y es que un amigo celebra
una fiesta original
que de año en año se enhebra,
y me enrosca cual culebra
á tan noble festival.

Es que hoy el BAZAR MURCIANO
se exhibe de cuerpo entero,
y su dueño, muy ufano,
muestra con prodiga mano
de su riqueza el venero.

Y allá va en rasgos pomposos
de sus objetos preciosos
la lista en versos y prosas,
como joyeles hermosos
de las prendas más famosas.

De las más cultas naciones
nos cuenta las producciones
en estilo sóbrio y vario,
atrayendo corazones
al mercantil santuario.

Y ¡claro! yo no he de ser
una nota destemplada,
cuando basta con querer,
para que bien pueda hacer
de versos una tirada.

Así, las penas ahogando y atendiendo á la amistad, voy quintillas hilvanando á la vez que procurando calmar algo mi ansiedad.

Todo el BAZAR lo merece, porque su crédito y fama á cada momento crece, y lo alumbra y lo engrandece de la fortuna la llama.

Por eso, apenas anuncia un género, se pronuncia toda Murcia en su favor, y las pesetas renuncia muy á gusto el comprador.

Y cuando la feria llega y sus mil galas despliega este grandioso BAZAR, su dueño en plata se anega entre tanto despachar.

Quiera el cielo que la suerte se le muestre siempre amiga, que en todo Ricardo acierte, y que su caja tan fuerte Dios la guarde y la bendiga.

Andrés Blauco

LA IRRUPCION

La conmoción había sido profunda: el movimiento unánime. El descontento general producía en todos los ámbitos del planeta rumor sordo pero amenazador y siniestro, como protesta formidable de aquel estado de cosas. La revolución se imponía, ardían las conspiraciones y todo anunciaba la proximidad de un extraordinario suceso.

Era necesario encauzar el torrente de aquellas voluntades para llevarlas al término deseado. Cada clase nombró un representante y en número infinito (que tantas las clases eran) convinieron celebrar una asamblea en cierta selva sagrada para casos semejantes.

Y llegó la hora en que la noche mediaba: noche de luna espléndida que daba al paisaje cristalinas reverberaciones; y empezaron á concurrir los diputados que fluían como sombras misteriosas entre el silencio nocturno, apenas interrumpido por el rumoroso rozar de las hojas y cierto rumor, así como lejano vibrar de cascabeles, choque de discos metálicos y alguna que otra nota diáfana de cristalería. De todas partes surgían puntos luminosos, chispazos de luz que rebotaban sobre espadas bruñidas, cascos empenachados, telas recamadas, bronce y mármoles, vidrios tallados y exquisitas maderas perfumadas. Formas vagas al principio, pero que después se iban determinando, en que la ilusión ó la realidad acusaba el dibujo y el contorno del guerrero apuesto, del estético grupo escultórico, del rubicundo bebé, del elegante búcaro, del mueble suntuoso, del arlequín resonante; tersos y labrados caparazones que evocaban la imagen de piezas de vajilla, avanzaban como doradas tortugas y nacaradas conchas marinas; y bullía un hormiguero de peñas de *carey*, de diminutos *Cyranos* y *Buxanas* y cadenas primorosas que se deslizaban como brillantes reptiles. Y todo aquello fué ocupando un sitio en el estupendo aquelarre, bajo la lluvia de argentada luz que deslizaba la luna por entre la espesa fronda.

Amplio fué el debate en el que hubo tonos de los más enérgicos: en el que se propuso exigir estrechas responsabilidades: y no pocos pidieron las cabezas de los dueños de los bazares, cuya ruindad y sordidez tenían reducidos á los congregados á la más estrecha y humillante esclavitud. Otros se contentaban con un destroz general de anaqueladas y vitrinas y el incendio de todas las Aduanas; pero como este sistema tenía precedente muy próximo, y había evidenciado que con él pagaban justos por pecadores, se desechó por unanimidad. Habévufen Aljamiado propuso que licieran rogaria por espacio de siete lunas para aplacar la cólera celeste que cruzaba sobre ellos como espantada *athaja*. Lo silbaron. Un general, reparado de un ojo, dijo que él arreglaba en un periquete aquel cotarro con dos tajos de su tizona, si el Consejo lo nombraba su presidente: pero un mozo *crudo*, con mucho marfil en la boca, le repuso: «Calla, que harto sabemos que esos arranques quedan luego convertidos en agua de borrajas. Tu espada la heredaste de Bernardo; y ya verás lo que se hace de ella y de la daga del otro apenas se crucen con mi estoque. Este sí que es varilla mágica y hasta *pedra filosofal* os consta...»

Y así por el estilo: Pero como no se llegaba á una solución práctica y el debate iba tomando visos de disputa de plazuela, alzó la voz un pacífico y barrigudo jarrón de *Sevres* é imponiendo silencio se espresó de este ó parecido modo: «Señores: Si lo que nos apena y causa nuestro malestar, es el adusto y despótico carácter de nuestros opresores, cuya avaricia nos tiene reclusos en sus mazmorras, sin ocupar en el mundo el lugar á que nos llama nuestro rango, yo me atrevo-

ría á proponeros una solución capaz de poner remedio á nuestros males: tengo noticias de una tierra donde toda belleza tiene su natural asiento... dicho sea sin metáfora: donde el sol cae como un chaparrón de diamantes sobre una inundación de esmeraldas... Tierra que suda flores: donde radica el buen gusto: donde se crían las mujeres más graciosas y más bellas del mundo. Pues bien, en esa tierra hay un hombre, ese es el nuestro. Fino, amable, flexible, un poquito cojo, de corazón magnánimo: es seguro que á todos ha de apreciarnos con arreglo á nuestros méritos y nos dará colocación brillante y adecuada, sin regateos indignos, más atento á nuestro bien que al suyo, entre aquella gente de ruñbo que alrededor de él gira, flor y nata de la elegancia, espejo del buen tono; entre aquellas mujeres deliciosas, por quienes el poeta del siglo escribió: «¡Desde allí, al cielo!»

¡Hurra! ¡Que nos lleve! ¡Que nos lleve! gritó la asamblea con formidable estruendo... Y los heraldos tocaron las trompetas cuyos ecos resonaron en las cinco partes del mundo, á cuya señal se abrieron en todas partes los talleres y bazares de objetos de lujo y arte lanzándose todos fuera, y en avalancha incontrastable, rápidos como meteoros luminosos acudieron al lugar de aquella junta magna; y todos á una se elevaron como nube multicolor, deslumbradora, resonante con extraña armonía, formando en el cielo una soberbia constelación; una gigantesca *via láctea*, pero de matices deslumbradores, que pasó veloz por los dormidos pueblos, algunos de cuyos habitantes la tomaron, al oír, por una emigración de brujas: se cernió un instante sobre nuestra ciudad, y penetró invadiéndolo de arriba abajo, en EL BAZAR MURCIANO, que desde el día siguiente mostró sus escaparates estallantes de risas de labios de sjonas porcelanas y risas de luz rompiendo en los tallados cristales de Bohemia.

E. MARTINEZ Y REBOLLO.

¡VAYA, SI ES VERDAD!

En Murcia, nadie se explica, que en tiempo normal y en feria, desde la persona sería á la más risueña chica,

si algo desean comprar se van á la Platería, pues tienen la tontería de enriquecer al Bazar.

Que es un Bazar sin segundo lo sabe cualquier cristiano; y que es el BAZAR MURCIANO el más murciano del mundo.

En él se venden boquillas, petacas, botonaduras, jabones, polvos, figuras de porcelana y vajillas.

Venden fosforeras, ratas que al darle cuerda andan solas, pavos con muy largas colas y otras mil cosas baratas.

Venden también acordeones, neceseres, tarjeteros, portamonedas, plumeros, manzanilla y salchichones.

A seis reales vinagreras, de papel á siete cajas, á diez céntimos barajas y á cincuenta escupideras.

Venden á perra peinetas y no atestiguo con muertos allí están y á dos pesetas, unos señores cubiertos.

M. H. H. H.

HABLO YO

Otra vez doy á la estampa mi pensamiento y mi firma, aunque inmodesto me llamen los que *al pelo* versifican.

¿Que sé poco? Nada importa: un pito me da su crítica con tal de que exprese claro lo que mi magín conciba.

Yo quiero que bien me entiendan señoras y señoritas, chulas, flamencas, huertanas, viejas, pollas y chiquillas.

Las que mi BAZAR honrando vienen á soltar su *quita*, merecen que sólo en verso mi palabra les dirija.

Si, pimpollos de esta tierra donde las gracias anidan, por vosotras doy al viento los sonidos de mi lira.

Y antes de que os enumere de mi BAZAR las delicias, permitidme que unas flores á vuestras plantas hoy rinda

Y así, escusando rodeos, tratando de hacer justicia, os diré que no hay mujeres como vosotras, de lindas.

Vuestros ojos son de fuego, de rosa vuestras mejillas, vuestras bocas son claveles y cielo vuestra sonrisa.

La sal que vais derramando nos entusiasma y fascina, y nuestro encanto un tesoro es de inapreciable estima.

Cumplidos ya estos deberes que ordena la cortesía, os hablaré de las cosas que en mi gran BAZAR se hacinaa.

Para vuestros gustos tengo las cosas más esquisitas que los centros productores más afamados fabrican.

Esencias puras de rosa, de jazmín, agua florida, clavel, colonia y perfumes de la Arabia y de la China.

¿Y de polvos? Ah, de polvos las confecciones más finas con que embellecen su cutis las sultanas de Turquía.

En variación de jabones tengo elegantes pastillas de las que entre las princesas más exigentes se estilan.

Pues nada digo de objetos de capricho y fantasía, de porcelana, escayola bronce, cristal y platina.

De tocador y de sala, de comedor y cocina, de paseos y viajes, y de cosas jamás vistas.

¡La mar! vamos... de contaros ni en un año acabaría, pues mi BAZAR non-plus-ultra es, por lo grande, una sima.

Por vosotras, medio mundo revuelvo con alegría, y traigo fardos y cajas que tienen pronta salida.

Y para los caballeros? decidles, amables niñas, que para todos sus gustos tengo en casa cuanto exijan.

Por vuestro conducto á ellos me dirijo en este día, y así será mi palabra más sonora y llamativa.

Mas, preciso es hacer punto... cese ya la pluma mía y ceda su puesto á otras más expertas en las rimas.

Ellas dirán lo que callo, y con esto y gallardía os dirigirán estrofas de vuestra belleza dignas.

Así quedareis contentas de quien su afán os dedica, mientras se queda esperando mi BAZAR vuestra visita.

RICARDO BLAZQUEZ.

NADA

Á RICARDO BLAZQUEZ

Me pide usted para el BAZAR MURCIANO, periódico anual que se publica con general aplauso, cualquier cosa, sea en verso ó en prosa, pues para usted, amigo, lo importante es que vaya la firma de Tolosa.

Que quiero complacerlo, ¿quién lo duda? ¡Ya lo creo!, al instante; pero como escribir en prosa ó verso no es coser y cantar, amigo mio, con mil y mil dificultades toco, y aquí estoy hecho un lío que me vá á volver loco.

Pluma, papel, tintero, todo dispuesto está; la musa invoco y á escribir me decido para que usted se quede complacido; pero el fuego sagrado que me exalta no me ciega hasta el punto

de no advertir al empezar la falta mayor que puede haber: la del asunto.

¿De qué escribo? La fiebre que me quema (es mentira) me impide con calma discurrir; ¡vaya un problema! Ni céfiros, ni flores, ni clara fuente, ni enramada umbria, ni cielo azul, ni amantes ruseñores acuden en mi auxilio; y á fé mía que hacen muy bien; porque si tanto ripio metiera en mi poesía, al lector de buen gusto causaría más lástima que inspira el Municipio.

¿Del comercio hablaré? ¿De agricultura? ¡Pues diría bastante yo que por mi desgracia ó mi ventura no soy ni labrador ni comerciante!

¿Hablaré de política? ¡Dios santol! Desisto desde ahora de mentar ni sique: á esa señora que tanto arrastra por el suelo el manto y á quien achiaca la malicia tanto.

¿Hablaré de mujeres? ¡Tate, tate! Renuncio á tan solemne disparate, que es el hablar de rubias y morenas como hablar de la mar y sus arenas.

Nada, Ricardo amigo, no se me ocurre nada que digno sea de EL BAZAR MURCIANO, en el que tantas firmas aparecen que los honores del laurel merecen. La alta noche es testigo de que me esfuerzo en vano por querer escribir cualquiera cosa; tenaz mi musa sin cesar trabaja por producir el grano, mas ya lo está usted viendo: ¡toda es paja!

La lira enfundo pues; y antes que á coro una grito me den, la luz apago, y haciendo así como que nada hago me retiro tranquilo por el foro.

J. H. H. H.

Julio, 1899.

EL CRISTO DE BLAZQUEZ

(LEYENDA... Ó LO QUE SEA)

El esposo viejo y feo, la esposa joven y bella: él de senectud trofeo, plétora de vida ella.

Sangre moza, sangre ardiente por sus venas circulaba; y cuál lava de un torrente su corazón abrasaba.

Y avivadas las pasiones propias de la juventud, punzadoras tentaciones asediaban su virtud

Comprendió así el esposo, deplorando el desengaño y no sin razón celoso pensó en evitar el daño.

¿Qué hacer—él triste decia con el corazón deshecho,— para que la esposa mía no pase á las vias de hecho?

Y revolviendo la mente en busca de alguna idea, acierta á dar felizmente con la que su alma desea.

Cristiana fervorosisima era aquel portento hermoso y á su devoción firmísima pensó apelar el esposo.

En tal pensamiento fijo, de Ricardo parroquiano, en busca de un Crucifijo entró en el BAZAR MURCIANO.

En blanco y áureo metal Blazquez los tiene á docenas, del aligido mortal para consuelo de penas.

Bello, artístico y severo uno el esposo eligió y con acento sincero su protección imploró.

Ya en su casa, el Santo Cristo mostró á la joven esposa, y á su presencia: «Desisto de toda acción deshonrosa»,

balbució llena de horror, y con místico embeleso en los pies del Redentor selló su promesa un beso.

Desde entonces, á pesar de su ardiente juventud,

la tentacion á asediar
no volvió ya á su virtud.

Y extinguido aquel deseo,
vivieron ya sin querella
el esposo viejo y feo,
la esposa joven y bella.

Por eso, cuando elogiar
oye el Cristo de Velazquez,
él con fervor singular
al punto suele exclamar:
¡Prefiero el Cristo de Blazquez!

J. Bautista Monserat

12 de Agosto.

FUTURO MATRIMONIO

Muy pronto se verificará la boda de una bellísima señorita residente en la casa número 37 de una céntrica calle próxima á un templo y de un simpático ex-jurado que habita en la morada que le compraron sus difuntos padres.

Diferentes y valiosos regalos han comenzado á recibir *i promesi sposi* y en el Bazar Murciano han sido adquiridos los siguientes:

Vagilla de porcelana de Sevres, fondo blanco con adornos celestes (regalo del padrino de boda, un poeta murciano que lleva un nombre clásico latino.)

Una lámpara de salon con focos eléctricos (de un Licenciado en Ciencias, dueño de una isla.)

Un servicio de caté, (biscuit de Saxe) de un expresidente de la Diputación Provincial, que reside habitualmente (el expresidente) en ambas orillas del Regueron.

Un album, de aluminio y piel de Rusia, (de un simpático y recalcitrante soltero que ha estado en Constantinopla.)

Un farol japonés, último adelanto de la cerámica asiática, (de un joven abogado que celebra su santo el 29 de Octubre.)

Una preciosa y original colección de bastones (de un concejal sobrino de un exdiputado provincial.)

Sería interminable la lista de regalos cuya colección completa puede verse en el domicilio de los futuros cónyuges y en los almacenes del Bazar Murciano, pues su dueño ha repuesto todas las existencias para que nada falte en tan importante Establecimiento, en las próximas ferias.

LUIS PEÑAFIEL.

REQUIEBROS

Ha llegado la feria
con sus encantos;
ponte, morena mía,
tu traje majo,
y ¡ole con ole!
que por plazas y calles
vas á dar golpe.

Ha llegado la feria
y es necesario
que ante los forasteros
luzcas tu garbo
y esa sal fina,
y que te digan todos:
¡Viva mi niña!

Ha llegado la feria
y hay que olvidarse
de que al fin y á la postre
somos mortales;
con que, anda, venga;
á gozar sin cuidados
y ¡fuera penas!

Aquí tengo el programa
de los festejos;
todos los que se anuncian
tienes que verlos.
¿Que son muy pocos?
Ya los aumentaremos
con algún otro.

Ponte encima el adorno
que tú más quieras;
lo que más favor haga,
según tú creas,
á tú donaire;
y cójete del brazo
y ¡jarzal á la calle.

Vas á ir á las veladas
de la Glorieta
y ya verás los chicos
cómo se quedan;

con unos ojos
lo mismo que si vieran
el premio gordo.

Irás á ver los fuegos
artificiales
y cuando con más fuerza
las chispas salten,
verás que todos
están vueltos de espaldas
viendo tu rostro!

Las clásicas mañanas
de las corridas
irás á ver conmigo
la Platería;
para sentarte
donde tiene la tienda
Ricardo Blazquez;

Y en la banda encargada
de dar el punto,
verás que atortolados
todos los músicos,
casi no tocan,
diciendo por lo bajo:
¡Mira qué moza!

A las cuatro ¡á los toros!
pero bien maja
con la airosa y ligera
mantilla blanca
y el traje corto
de raso, con vistosa
red de madroños.

Allí, puesta en tu palco
como una reina,
al salir la cuadrilla
te dirá el Guerra:
«¡Olé zol claro,
¿cómo quié ozté que mate,
de pié ó zentao?»

Y puede ser que el toro
si tiene sangre,
pregunte desde abajo
con su lenguaje:
«¿Cuántos caballos
quiere usté que yo tumbe,
dos, tres ó cuatro?»

Te digo, salerosa,
que darás golpe;
y que podrás ver todas
las diversiones;
menos las Vistas,
porque si son de cera
no se derritan.

¿Y qué quieres más que esto,
di, quiéres algo?
¿Has dicho que quisieras
algún regalo
como recuerdo?
Pues no digas más nada:
ténlo por hecho.

De ese Bazar Murciano
que tanto vale,
te compraré un espejo
de tres cristales,
para en sus lunas
¡ver yó á la vez tres caras
como la tuya!

M. Perin Garcia

El último negocio de Ricardo

Esquina á la Platería,
en la plaza de Jufre,
cierto Bazar existía
en el que siempre tenía
cuenta abierta D. José.

Mas, por lo mismo rehusaba
tomar nada sin pagar,
y si algo necesitaba
D. José, nada compraba
por no quererle cobrar.

Pero Ricardo murió;
y á D. José su factura
aunque allí nada compró,
el Albacea mandó
reclamando con premura.

La factura dice así:
«Por no venirme á comprar
á precios los más baratos,
y si venirse á sentar,
las muchachas á mirar,
y pasar muy buenos ratos,
tuvo aquí en cuenta sencilla
(abierta mientras viviere)
puesta á su cargo la silla
á razón de una perrilla
por hora, (si el amo muere);

Pues al yó sobrevivirle
su muerte lamentaría;
pero nada iría á pedirle
ni á su familia á decirle
que en esta casa debía.
Tal lo expreso en testamento
como caso de conciencia
para mi último momento;
pues sepa usted que reviento
porque agoté mi paciencia.»

Y D. José que blasona
de conciencia acrisolada,
su factura al punto abona,

y á D. Ricardo perdona
no querer cobrarle nada.

Desde que tal ocurrió
en el Bazar reseñado,
todo el que en él se sentó
alguna cosa compró,
y el pago lo hizo al contado.

MARIANO MÁRQUEZ.

CARIDAD

Enjuga esas lágrimas,
no llores, chiquilla,
que á las niñas pobres les guarda Ricardo
muñecas muy lindas.

Verás qué preciosa
la que á ti dedica,
con ojos de cielo, dorados cabellos
y tez nacarina.

Será una monada
que hará tus delicias...
realidad increíble de un sueño
de cándida niña
que vé los juguetes
con ansia infinita
y aunque siente un volcán de deseos
en vano suspira.

Porque esos objetos
que forman su dicha,
tan solo comprarlos está permitido
á la gente rica.

Más Ricardo Blazquez
al pobre no olvida
y el Bazar Murciano juguetes reparte
que son la alegría
de infelices niños
cuya suerte misera
paternal compasión inspirándole
espléndido alivia.

Bien haya esa mano
que al niño acaricia
y un juguete le dá delimosna...
¡limosna bendita!

Seca, pues, tus lágrimas,
rie, pobre niña,
que á las niñas pobres les guarda Ricardo
muñecas muy lindas.

Adolfo Balboa

EXPOSICION

Sr. D. Mariano Castillo

El que suscribe, mayor de edad, de esta naturaleza y vecindad y demás circunstancias que acreditan su cédula personal que acompaña, á V. S. exponé:

Que para que su acreditado y popular calendario, sea fiel indicador de los usos y costumbres de cada país, á la vez que dé la pauta, de lo que haya de hacerse en ciertos y determinados dias del año, debe adicionar al santoral y demás indicaciones del dia 5 del mes de Enero, lo siguiente:

Vísperas infantiles del dia de REYES, patron de los Bazares de Juguetes, de los que hay uno en Murcia llamado BAZAR MURCIANO, donde ganan indulgencia plenaria-filial los papás que lo visitan. *Se saca ánima* (la de un chiquitín) *del purgatorio* (de la impaciencia) comprándole un juguete de casa de Ricardo Blazquez, que no se cierra en toda la noche, que se la pasa en relacion..... y sobre esto, todo lo que su buen juicio y larga práctica en confeccionar almanques, le sugiera.

Dios guarde á V. muchos años.

Mariano Castillo
Blazquez

GOLPES DE BOMBO

Ni en Londres, ni en Lima,
ni en Münster, ni en Viena,
ni en Vitigudino,
ni en el Pinatar,
hay tienda que encierre
tanta cosa buena
como este de Blazquez
inmenso Bazar.

Tan raras especies,
surtido tan rico,
variedad tan grande
como allí se vé,
ni en París, ni en Churra,
ni en la Era del Mico,
aunque se descuerne
no ha de hallar usté.

Allí está la nata
del arte moderno,
la flor de la industria
la encuentra usté allí;
aquellos es el caos,

allí está el infierno,
¡aquellos, señores,
vale un Potosí!

Hay allí abanicos
que no desdeñara
ni la ninfa Egeria,
ni el rey del Japón;
y vé usté sombrillas
de forma tan rara
que se inflan lo mismo
que un acordeón.

Verá usté escopetas
soberbias y rústicas
que tienen la forma
de grueso candil,
y hermosos floreros
con trompas acústicas
que imitan el canto
de un guardia civil.

Verá moños cóncavos
de pelo de rana,
babuchas de pertre
para el tocador,
y esbeltas peinetas
de color de grana
que prestan al cútis
un dulce sabor.

Verá usté tijeras
de partir tocino,
cuchillos de goma,
sillas de cautchú,
sellos de regilla
para ir de camino
y lanza-torpedos
para el canesú.

Guitarras que cantan
mediante un resorte
del «Gran Galeoto»
la danza final,
y pianos que imitan
en dulce trasporte
los trinos y escalas
del pavo real.

Desde el pito de aguas
hasta el arpa eólica,
de instrumentos músicos
hallará un millón;
allí hay cucharones
de fina mayólica,
sables de bolsillo
de gran precision;

Pulseras, pistolas
de grueso calibre
para tomar píldoras
después de almorzar,
jabón de lechuga
romana, genjibre,
rico chocolate
y agua de azahar.

Lavabos de Oriente,
pipas arabescas,
polvos olorosos
de pino doncel,
y horquillas de fieltro
suaves y frescas
«para ir á los toros
de Carabanchel».

Botijos etruscos
de lindo pitorro
que el tiempo recuerdan
del Gran Capitán,
y tocan mazurkas
al beber á chorro,
«mezcladas con pelos
y migas de pan».

A mí me seduce,
me emboba de un modo
del Bazar Murciano
la atróz confusión,
que yó me hago un lío,
lo trabuco todo,
y me vuelvo lila
sin apelacion.

MALMIRA.

NOTAS

EL BAZAR MURCIANO, no quiere cerrar este número sin hacer dos manifestaciones de gratitud. La primera para el noble, generoso y hospitalario pueblo de Cartagena.

La Sucursal que nuestro Bazar ha establecido en la calle Mayor, números 8 y 10, de aquella ciudad, ha merecido á nuestros hermanos los cartageneros una acogida que ha colmado nuestras modestas aspiraciones.

Unidas Murcia y Cartagena por lazos de sangre, así como el nombre de aquella ciudad es objeto de nuestras simpatías allí donde lo contemplamos, los cartageneros han correspondido á este cariño fraternal nuestro recibiendo en aquella Sucursal de EL BAZAR MURCIANO, como un saludo de esta tierra querida.

La segunda manifestacion de gratitud es para los distinguidos literatos y poetas de Murcia y su provincia que han puesto á contribucion su ingenio para hacer que este número proporcione á sus lectores un rato de agradable solaz.

Alcance también nuestro reconocimiento á los operarios todos de «El Diario de Murcia» por el verdadero *amore* con que ponen su trabajo en la confeccion de este periódico literario anual, que graciosamente dedicamos y dedicaremos á todos los amigos y favorecedores de EL BAZAR MURCIANO.

Conste así. Y gracias á todos.

EL BAZAR.

IMP. DEL «DIARIO DE MURCIA»